

CAPITULO XX.

MANDA EL SENADO A SU GENERAL que suspenda la guerra, y él no quiere obedecer; antes trata de dar nuevo asalto al quartel de los Españoles: conócense, y castiganse sus espías; y dáse principio á las pláticas de la paz.

D Esvanecidas en la ciudad aquellas grandes esperanzas que se habian concebido, sin otra causa que fiar el suceso de sus armas al favor de la noche, volvió á clamar el pueblo por la paz. Inquietaronse los nobles, hechos ya populares, con menos ruido, pero con el mismo sentir: quedaron sin aliento y sin discurso los Senadores: y su primera demostracion fue castigar en los agoreros su propia liviandad; no tanto porque fuese novedad en ellos el engaño, como porque se corrieron de haberlos creído. Dos ó tres de los mas principales fueron sacrificados en uno de sus templos; y los demás tendrian su reprehension, y quedarian obligados á mentir con menos libertad en aquel auditorio.

Juntóse despues el Senado para tratar el negocio principal, y todos se inclinaron á la paz sin controversia, concediendo al entendimiento de Magiscatzín la ventaja de haber conócido antes la verdad, y confesando los mas incrédulos, que aquellos estran-

Claman los Tlascaltecas por la paz.

Castigo de los agoreros.

Ordena el Senado que se suspenda la guerra.

geros eran sin duda los hombres celestiales de sus profecias. Decretóse por primera resolucion que se despacháse luego expresa orden á Xicotencál para que suspendiese la guerra, y estuviese á la mira: teniendo entendido que se trataba de la paz, y que por parte del Senado quedaba ya resuelta, y se nombrarian luego Embajadores que la propusiesen y ajustasen con los mejores partidos que se pudiesen conseguir á favor de su república.

Pero Xicotencál estaba tan obstinado contra los Españoles, y tan ciego en el empeño de sus armas, que se negó totalmente á la obediencia de esta orden, y respondió con arrogancia y desabrimiento: que él y sus soldados eran el verdadero Senado, y mirarian por el credito de su nacion, ya que la desamparaban los padres de la patria. Tenia dispuesto el asaltar segunda vez á los Españoles de noche, y dentro de su quartel; no porque hiciese caso de las adivinaciones pasadas, sinó porque le pareció mejor tenerlos encerrados, para que viniesen vivos á sus manos; pero trataba de ir á esta faccion con mas gente, y con mejores noticias: y sabiendo que algunos paisanos de los lugares circunvecinos acudian al quartel con bastimentos, por la codicia de los rescates, se sirvió de este medio para facilitar su empresa, y nombró quarenta soldados de su satisfaccion, que vestidos en traje de villanos, y cargados de frutas, galli-

No obedece Xicotencál al Senado.

Intenta ganar el quartel por interpresa.

Entran Tlascaltecas en el quartel en traje de villanos. nas y pan de maiz, entrasen dentro de la plaza, y procurasen observar la calidad y fuerza de su fortificacion, y por qué parte se podria dar el asalto con menos dificultad. Algunos dicen, que fueron estos Indios como Embajadores del mismo Xicotencál con pláticas fingidas de paz; en cuyo caso sería mas culpable la inadvertencia de los nuestros: pero bien fuese con éste ó con aquel pretexto, ellos entraron en el quartel, y estuvieron entre los Españoles mucha parte de la mañana, sin que se hiciese reparo en su detencion; hasta que uno de los soldados Zempoales advirtió que andaban reconociendo cautelosamente la muralla, y asomandose á ella por diferentes partes con recatada curiosidad, de que avisó luego á Cortés: y comò en este género de sospechas no hay indicio leve, ni sombra que no tenga cuerpo, mandó que los prendiesen al instante; lo qual se executó con facilidad: y exâminados separadamente, dixeron con poca resistencia la verdad, unos en el tormento, y otros en el temor de recibirle: concordando todos en que aquella misma noche se habia de dar segundo asalto al quartel, á cuya faccion vendria ya marchando su General con veinte mil hombres, y los habia de esperar á distancia de una legua, para disponer sus ataques segun la noticia que le llevasen de las flaquezas que hubiesen observado en la muralla.

Sintió mucho Hernan Cortés este accidente, por-

Son aprehendidos, y confiesan el intento de Xicotencál.

que se hallaba con poca salud, y le costaba el disimular su enfermedad mayor trabajo que padecerla; pero nunca se rindió á la cama, y solo cuidaba de curarse quando no habia de que cuidar. Refierese de él (no lo pasemos en silencio) que una de las ocasiones que se ofrecieron sobre Tlascála le halló recién purgado, y que montó á caballo, y anduvo en la disposicion de la batalla, y en los peligros de ella, sin acordarse del achaque, ni sentir el remedio, que hizo el dia siguiente su operacion, cobrando con la quietud del sugeto su eficacia y su actividad. Don Fray Prudencio de Sandoval en su Historia del Emperador lo califica por milagro que Dios obró con él. Dictamen que impugnarán los filósofos, á cuya profesion toca el discurrir, cómo pudo en este caso arrebatarse la facultad natural en seguimiento de la imaginacion ocupada en mayor negocio; ó cómo se recogieron los espíritus al corazon y á la cabeza, llevandose tras sí el calor natural con que se habia de actuar el medicamento. Pero el historiador no debe omitir la sencilla narracion de un suceso en que se conoce cuánto se entregaba este Capitan al cuidado vigilante de lo que debia mandar y disponer en la batalla: ocupacion verdaderamente que necesita de todo el hombre por grande que sea: y ponderaciones que alguna vez son permitidas en la Historia, por lo que sirven al exemplo, y animan á la imitacion.

Estaba Hernán Cortés con poca salud.

Suceso de una purga que tomó en este tiempo.

No fue milagroso el suceso.